

Ser judío en Levinas: de la lengua materna a la palabra del Dios-Padre. Un análisis sobre la judeidad.

Violeta Waks y Romina Lijavetzky.

Cita:

Violeta Waks y Romina Lijavetzky (2019). *Ser judío en Levinas: de la lengua materna a la palabra del Dios-Padre. Un análisis sobre la judeidad. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/53>

Jornadas de Sociología XIII

2019

Mesa 11: León Rozitchner y el problema del sujeto. Cristianismo, capitalismo y subjetividad

Eje temático 1: “Filosofía, Teoría, Epistemología, Metodología”

Ponencia: “Ser judío en Levinas : de la lengua materna a la palabra del Dios-Padre. Un análisis sobre la judeidad”

Exponen: Violeta Waks (FSOC-UBA) y Romina Lijavetzky (FSOC-UBA)

Email: violeta.waks@gmail.com

Palabras clave: *judaísmo-capitalismo-madre-Dios-Levinas*

Resumen: El mito de la génesis del judaísmo se abre con la paternidad infinita negando el cuerpo sagrado de la madre que solo engendra cuerpos humanos y no divinos. Los religiosos judíos históricamente hicieron un gran esfuerzo por separarse de los imaginarios paganos y evitar la representación sensible. Si hay algo que unifica a los judíos de la diáspora es la corporeidad materna, trayendo a la vida y protegiendo del terror, es ella quien marca la pertenencia a la comunidad judía. Sin embargo, en su devenir bíblico va a desaparecer suplantada por el discurso racional y la infinitud del padre. Tomaremos como herramienta la crítica de Rozitchner a Levinas, el hecho de posicionarse desde la metafísica cristiana en su propio ser judío, ya que no parte del planteo contradictorio del génesis bíblico, sino de la interpretación patriarcalista rabínica de ocultamiento de la determinación histórica primera en la exclusión de la figura materna. El no salirse de los límites del patriarcalismo determina un límite insoslayable para su planteo que se reduce, en palabras de León Rozitchner, a una filosofía de la derrota y el derrotado sin que en ningún momento logre ubicarse fuera del plano de la metafísica.

El mito

Hace aproximadamente cuatro mil años, en la zona mediterránea de Asia, predominaban los pueblos semitas. Con el correr de los años fueron emigrando hacia la zona mesopotámica, confundándose con los Babilonios y Asirios, los grandes reinos del lugar. Entre los años 2000 y 1600 a.C. fueron dominando otros pueblos y extendiendo su territorio.

Los semitas se dividían en dos tipos: aquellos dedicados a la agricultura que se mezclaban con otros pueblos y por otro lado los nómades, que conservaban un aspecto espiritual más puro y se mezclaban menos con los pueblos autóctonos. A estos últimos pertenecía Abraham, protagonista de nuestra historia y patriarca del pueblo judío.

El mito al cual nos referiremos es sobre la génesis del judaísmo que involucra por supuesto a Abraham pero también a su esposa Sara. La vida cotidiana de ellos fue transcurriendo entre pastores de ovejas y tiendas con pueblos vecinos. Fueron muy famosos los intentos de los reyes egipcios, que cautivados por la belleza de Sara, intentaron arremeter contra Abraham, quién fingió ser el hermano de ella para salvar su vida.

La pareja tenía un sobrino, Lot, pero no tenían hijos. Este era el mayor problema que tenían: Sara era estéril. Ella, ofreció a su esclava egipcia Agar para que Abraham pudiera tener hijos. Sin embargo, Dios, según un acuerdo que había convenido con él con anterioridad, permitió que Abraham y Sara, a sus casi cien años tuvieron un hijo: Isaac, de cuya descendencia se formaron las 12 tribus judaicas. Este relato de la Biblia tiene una importancia excepcional en el tema que nos convoca en este ensayo ya que ejemplifica conceptualmente la contradictoria figura materna en la religión judía.

Según nuestro relato, la inmensa tierra prometida se llenaría de hijos, o de judíos particularmente, al separar el cuerpo de la madre de la palabra y la letra del Dios-Padre. El cuerpo materno vaciado de su contenido sensible y representativo se haría presente en la prohibición, causante de la frustración de la paternidad real del patriarca Abraham. Sin embargo y a pesar de ser un anciano, a partir del acuerdo con Dios, él y Sara conciben un hijo propio. Abraham no circunscribe su deseo al cuerpo de Sara, todo lo contrario, se amplía, se proyecta sobre la tierra para que ésta fuera poblada por su numerosa descendencia como había convenido con Dios.

Este es el mito de la sociabilidad judía que se abre con la paternidad infinita negando el cuerpo sagrado de la madre que solo engendra cuerpos humanos y no divinos. Se separa totalmente (infinitamente) del espíritu que engendra al hombre, que persigue a los que no cumplen y los ordena en su santo nombre: hay un Padre de los padres en la región judía, pero no hay una Madre de las madres. Los religiosos judíos históricamente hicieron un gran esfuerzo por separarse de los imaginarios paganos y evitar la representación sensible de las cosas.

El cuerpo de la madre

Sin embargo el cuerpo de la mujer-madre es persistente e inolvidable, su ocultamiento no es absoluto ni lineal. Sin dudas esto es uno de los elementos que recorre la Biblia: la constante puja por aunar la palabra del padre con el cuerpo de la madre. La primera mujer en la Biblia, Eva, significa en hebreo “madre de los vivientes”, describiendo la unidad amorosa con la madre arcaica que los judíos ponen por primera vez en la historia al descubierto.

Pero la historia del pueblo judío tampoco es lineal ni armónica. La diáspora es un término comúnmente utilizado que remite a la diseminación que han experimentado los pueblos y en particular judíos por todo el mundo, producto de derrotas y de la persecución milenaria que han sufrido. Durante dos mil años se han desperdigado por distintos lugares del mundo. El problema de la diáspora, y las repercusiones en el pueblo judío que se ha incorporado socialmente a la vida cotidiana de esos diversos lugares que han habitado, ha sido objeto de análisis por distintos autores, en su mayoría judíos. El propio Levinas, sobre quién escribe León Rozitchner (y será objeto de este ensayo), se preocupa por los efectos de semejante proceso.

Si hay algo que unifica a los judíos de la diáspora es la corporeidad materna, madre de madre judía, trayendo a la vida y protegiendo del terror. La judeidad se define por la trasmisión materna y el cuerpo de la mujer-madre como el lugar de la gestación y acogida. La identidad se prolonga por este cuerpo que es el determinante de la pertenencia o no a la comunidad. El problema de “la sangre” sólo remite a la madre: da el linaje.

Entonces siendo ella quien marca la pertenencia a la comunidad judía, a través de su vientre engendrador que trae a la vida, en su devenir bíblico va a desaparecer suplantada sólo por el discurso racional y la infinitud del padre.

Ahora bien como ya dijimos, el pueblo judío ha sufrido a lo largo de su historia los más atroces vejámenes. No es casual que se comprenda de forma mitológica a la religión frente a la derrota, humillación y dispersión que ha sufrido haciendo que la protección divina muestre su mero carácter imaginario. La salida positiva hubiera sido que desde la espiritualidad judía se pudiera replantear el lugar de lo materno-femenino como un retorno al sentido de la historia y del mundo ya que épocas de catástrofe es una forma para enfrentarlas.

La experiencia arcaica

Aunque ya lo hayamos mencionado, con este breve prelude nos introducimos en lo escrito por León Rozitchner sobre la filosofía de Emmanuel Levinas (1906-1995) en su libro Levinas o la filosofía de la consolación (2013). Contemporáneo a ambas guerras mundiales y al surgimiento y apogeo del nazismo, no hay dudas que siempre se encontró del lado del sufrimiento judío. En su intento por descubrir el fundamento de las filosofías occidentales pone de manifiesto que no solo su experiencia

está marcada por el terror sino que también su primera experiencia inevitablemente está asociada con la muerte.

¿Y cuál es el valor de esta primera experiencia? Para los sujetos esta experiencia arcaica, relacionada con lo más íntimo de la lengua madre que la configura, es constituyente de la subjetividad, aunque simplemente haya quedado fijada dentro de la estructura psíquica en la vida del adulto. La primera experiencia con la madre es el inicio de la construcción del mundo interno que se organiza a partir de la satisfacción y el rechazo, del necesitar y depender. Es el lugar a partir del cual se fundamenta el yo, el mundo y los Otros logrando constituir el aparato psíquico que diferencia a los humanos del resto de los seres vivos. En palabras de León Rozitchner: “La lengua materna es la tierra-madre que desde lo más secreto y primero une a los cuerpos que se entrelazan, como lo hace también la materialidad del mundo que nos acoge desde niños” (2011; p.119). Aunque despreciada por la razón “patriarcalista” como el vacío, la nada, esta experiencia es donde se construye la identidad y la subjetividad.

Levinas en su filosofía, según L.R, oculta, aunque sin quererlo, el origen materno de la espiritualidad judía porque lee la Biblia desde el dominio patriarcal dogmático de la sinagoga, encubriendo y restándole jerarquía a la determinación fundante de la madre en el judaísmo.

Es interesante que en su vivencia, más allá de sus esfuerzos por evitarlo y asociarlo con la muerte en los términos políticos, Levinas se posiciona desde la metafísica cristiana en su propio ser judío ya que no parte del planteo contradictorio del génesis bíblico, sino de la interpretación patriarcalista rabínica de ocultamiento de la determinación histórica primera en la exclusión de la figura materna. La inversión que el terror de su vivencia puso en su pensamiento se asocia al valor de referencia de la vida en “el otro mundo” lo que hace posible el dominio y la esclavitud en la terrenal. Su espíritu se asocia a lo “viril” como manera de formar un sistema de dominación del cuerpo rebelde, el cuerpo creador, productor.

En el nombre del Padre

Presente, encriptado y negado por la tradición rabínica, se desarrolla el rol de la madre en lo judío pre-cristiano que Levinas sólo retiene bajo los efectos del terror en su forma patriarcal. Esto se reproduce no sólo en la visión rabínica sino también en el devenir de sus consecuencias. Podemos ver que existe una diferencia sustantiva entre los conceptos de infinito judío y cristiano referido a lo sensible, lo corporal, en el primer caso y asociado a la forma y contenido racional en el segundo. Allí el cuerpo del superhombre, Cristo, oculta el origen materno irrenunciable del elemento fundante judío. Se expresa una contraposición entre el concepto del cuerpo de la madre judía y el del Padre-Dios donde el cristianismo niega el fundamento materno-material de la vida expropiando las fuerzas

colectivas que trae aparejado. El imaginario cristiano en el iluminismo había transformado en insignificante y disociado de la sensibilidad humana a ese momento materno arcaico de la primera infancia. En última instancia han cruzado una raya que para los judíos era infranqueable: “metamorfosear a la madre para transformar al dios ascendente judío en inmanente, y que un Dios-Padre inmaterial y abstracto ocupe, al desplazarla el lugar más profundo que tiene ella en cada uno de los hombres” (León Rozitchner; 2011; p. 92).

El mecanismo que se lleva delante al equiparar la muerte a ese momento de la primera infancia, el “Il y a” que refiere a la dialéctica del ser y la nada, funciona como un recurso para explicar la pasividad del filósofo ante su inminente llegada. Levinas es hijo de su tiempo, de su sufrimiento en su condición de judío y por lo tanto reproduce las lógicas patriarcales bíblicas que se encierran en una concepción del judaísmo religioso, negado por los descendientes de esta comunidad ya que habiendo sido forjado dentro del cristianismo es el hijo quien desprecia al *cuerpo* de la madre que solo conoció la fornicación con el propio Dios-Padre. “Su existencia como judío, se diferencia de las tradiciones más profundas y se distancia de la madre propagándose desde el judaísmo patriarcal rabínico que la tiene aún cerca contenida en sus tradiciones y en sus narraciones religiosas que nunca alcanzaron su propio iluminismo en la tradición judía”. (León Rozitchner; 2013; p.30). Como su experiencia está marcada por el terror del nazismo y su primera experiencia del otro está ligada a la muerte se hace imposible que este “Il y a” ontológico sea una experiencia vacía de la nada en el mundo frente a la ausencia de la corporeidad materna y por ende el contacto con la soledad de forma que su intento por salir del horror del nazismo termina siendo nada más que elusivo.

El Edipo cristiano y el Edipo judío

Y así el Nuevo Testamento propone la introducción a una vida fantasmagórica: el tránsito al Dios-Padre. La aparición de este elemento como conciencia, regulada por la ley de padre en los términos planteados por Freud, deviene de la regulación del orden ético sin ley de la madre, aunque ésta misma utilizará, al fin y al cabo, las palabras de la lengua paterna. Esta es la filosofía sin contenido materno en la que incurre Levinas.

En la lógica occidental el lugar de la madre- el cuerpo-cuerpo, lo somático- fue desplazado por el Otro abstracto universal y persecutorio del padre asesinado que se instaura como el polo regulador de la conciencia moral.

Este problema es plausible de asimilar con el concepto de Edipo que configura la matriz de la subjetividad despótica a partir de la implantación del dominio exterior en configuraciones paternas y religiosas de la subjetividad.

Es el caso del Edipo individual donde se corporiza el enfrentamiento del niño con las normas, bajo la forma de una lucha a muerte contra el padre que determinará su inclusión dentro de la sociedad y las relaciones humanas. Experimenta entonces la prohibición del padre de una manera cruel por lo que le da muerte en su subjetividad, generando nuevamente este sentimiento dual de odio/amor. Le devuelve la vida en el mismo plano pero dando origen a una conciencia cualitativamente distinta a la anterior donde la Ley del Padre, como la racionalidad pura, será la norma, excluyendo el contenido afectivo que los enfrentó. La vivencia arcaica oculta la historicidad que opera en la separación de lo materno en el sujeto producto del enfrentamiento histórico colectivo del yo naciente como se plantea en términos freudianos. Así es la ley ordenadora del patriarcado que nos introduce a la Sociedad. Vale la aclaración, que siguiendo la línea de análisis la diferenciación entre el Edipo Cristiano y el judío se pone de relieve. Mientras el segundo remite a una madre que engendra junto a su marido un hijo que se sabe de padres mortales careciendo de componentes divinos y sin negar el cuerpo de la madre, el primero, por el contrario, en el mito cristiano este trío familiar está compuesto por una madre virgen, un Dios-Padre abstracto y un hijo que se sabe de origen divino dando por ausente lo carnal fundante. La virginidad de María, la negación de maternidad sensible, dará el sustrato para el desarrollo ulterior de la racionalidad insensible capitalista de persecución infinita del plusvalor. Mientras que el mito con el que empieza el Nuevo Testamento el hombre se siente traicionado por la mujer que ama; entre los judíos la distancia entre Dios y los hombres es infinita: no hay humano divino y la mujer como madre universal es inseminada por un hombre y no por un espíritu santo.

El rostro y la palabra materna

Justamente es en el rostro del otro donde olvidó su origen porque tiene el sesgo del asesino obturando el momento de la vida del primer rostro que no nos sugiere el “no matarás” sino el “vivirás”. Este “no matarás”, por el contrario, no busca su fundamento en la vida y el amor compartido ni en la donación completa del ser con el uno, sino en la mirada persecutoria donde nuevamente la obligación de la razón patriarcal se impone.

El sentido lingüístico de la madre, que ha gestado y acogido, se disuelve en la lengua del padre que es la establecida. La “esencia original del lenguaje” no parte aquí, como debería hacerlo del lenguaje de la madre, el que nos enseña a partir del sentido que en el cuerpo a cuerpo vivimos. A ésta es la que se remite Levinas construyendo el refugio de su filosofía en la cual se deja de lado lo corporal de la madre en torno a esa experiencia arcaica de las primeras etapas del surgimiento de la vida, ocultándose la relación fundante como modelo de reciprocidad y acogimiento de puro amor maternal. Así es como en el niño que nace se enfrentan dos poderes, el de la madre y el del patriarcado. Pero este proceso unifica en una unidad los dos extremos de la experiencia del tránsito de una lengua a

otra, de la materna a la paterna. León Rozitchner remite a su propia experiencia con su madre judía donde “el idish fue ese sostén sonoro que lo impregnaba todo, puedo decir que solo pienso, hablo o escribo en serio cuando desde ese lugar primigenio convoco a todos los sentidos que desde la lengua materna van a nutrirse nuevamente, a buscar la tierra que convoca al sentido, desde ese ser ad-origen que aún nos sostiene: desde la sonoridad de la primera lengua que acunó y conmovió nuestra infancia” (2011; p.118). Sin embargo cuando no hay más lengua materna originaria, la lengua patriarcal se convierte en primera.

La tradición judeo-cristiana subordina lo materno al núcleo de la ensoñación mostrando distancia entre el yo y el cuerpo. La ensoñación, justamente, es el sostén materno que, aunque es indestructible, es donde las primeras palabras de la lengua perdida encuentran sentido. Para Spinoza (cita León Rozitchner; 2011; p.68) es el ensoñamiento, con el que se vive y se prolonga en nosotros la substancia materna, el “elemento” o el éter, la sutil materialidad que sigue sosteniendo y engendrando la circulación de las ideas y el paso de una idea a la otra. El materialismo ensoñado nos lleva a pensar experiencia arcaica y sensible desde su propia lógica inmanente contra el terror que intenta aniquilarla.

En definitiva el problema de la palabra clarifica el planteo de Levinas ya que se refiere a la palabra divina sin distinguir entre la materna y la paterna trasladando al plano de la idealización el intento por recuperar las experiencias fundantes que abren el mundo desde la madre. Es un intento por separar la significación del cuerpo que piensa como un límite de la lengua paterna a la materna.

Talmud y patriarcalismo

Una de las mayores preocupaciones que manifiesta Levinas es por el devenir judío en la nueva sociedad laica y democrática posterior a la Revolución Francesa (que consumó la escisión entre el orden nacional y religioso) donde, según los términos del filósofo, los propios judíos se persuadieron de que ya no necesitaban seguir siéndolo.

Se propone enfrentar los desafíos de este nuevo mundo secular a través de la enseñanza talmúdica (de los preceptos) para proveerse de elementos más sólidos que recuerdos familiares; tarea imposible sin el retorno al hebreo que se encuentra en franca agonía frente a la dispersión de la diáspora. De esta manera la instrucción religiosa, del Talmud (fuente del judaísmo rabínico) y la Torá, junto con el acatamiento estricto al dogma es la salida que propone para ponderar lo judío frente al proceso de disolución en el que se encuentra.

Ahora bien, ¿cuál es la importancia actual que reviste este análisis?

Sin dudas la cuestión judía, quizás valga decir sionista (sin entenderla como sinónimos), ha tomado una relevancia internacional gigantesca en las últimas décadas frente al exterminio del pueblo Palestino en los territorios ocupados.

Teniendo en cuenta el pensamiento de Levinas podemos afirmar que se hace una exclusión fundamental a la mujer-madre, se deja como punto ciego los fundamentos del sistema de dominación actual en sus aspectos económicos, políticos y religiosos, silenciando la capacidad de enfrentarlos, perdiendo el judaísmo su característica inmanente. El no salirse de los límites del patriarcalismo determina un límite insoslayable para su planteo que se reduce, en palabras de León Rozitchner, a una filosofía de la derrota y el derrotado sin que en ningún momento logre ubicarse fuera del plano de la metafísica.

La aproximación que hacemos sobre el abordaje de Rozitchner a la filosofía de Levinas y a la dislocación sobre su arraigo al judaísmo es un elemento que nos permiten dar un puntapié para una reflexión contemporánea sobre el rol histórico al que han sido asimiladas las mujeres en la génesis religiosa e incluso en el proceso de secularización estatal.

Israel: ¿La tierra prometida?

A diferencia –y en similitud con- el abatido Levinas, víctima de los terrores de la barbarie humana, por quien pide “piedad por la memoria de quien hizo a su manera todo lo que pudo”, León Rozitchner cuestiona al judaísmo israelí por haber transformado su propia cultura, volviéndose en su contrario, destruyéndose espiritualmente a sí mismo, tras haber, como ya nos resulta familiar en este desarrollo, asimilado los valores del occidente capitalista y cristiano de forma tal que ordenan gran parte de su vida cotidiana. Afirmando que el “sionismo político” excluyó de sí a las reivindicaciones culturales, explica que la herencia judaica está liquidada y que ha dado lugar al sometimiento a la política occidental capitalista y cristiana. Presenta una raíz en común en relación a la trasmutación de los valores judíos en la racionalidad capitalista que encuentra su fundamento en el cristianismo.

En Israel, la cultura judía arcaica y religiosa que sirve de fundamento para el Estado-y también para la economía- viene verdaderamente de otra cultura que en lucha mortal contra ella, contienen el secreto del cristianismo que las ha tergiversado: de la racionalidad del estado, la economía del capitalismo financiero y lo científico del cristiano neoliberal. “El cristianismo, con su desprecio radical por el goce sensible de la vida es la premisa del capitalismo, sin el cual éste no hubiera existido. Puesto que para que haya un sistema donde paulatinamente todas las cualidades humanas, hasta las más personalizadas adquieran un precio (...) fue necesario previamente producir hombres adecuados al sistema en un nivel diferente que el de la mera economía”. (León Rozitchner; 2001; p.11)”

A fin de cuentas lo que Rozitchner reivindica como el “judaísmo positivo” no está presente ni en Levinas ni en la política del Estado de Israel en nuestros días: el sentido pleno del ser judío descubre la “inhumanidad de lo humano” a través de su propia negación sufrida. En este sentido la reivindicación de un hogar judío no implica la creación de un estado capitalista y dejar de lado la organización de los *kibutz* (comunidades agrícolas voluntarias israelíes) por lo que la expansión del capital requería que los judíos se evaporaran en el aire. Incluso, para Rozitchner (2011), los judíos habían llegado a poner de relieve la estructura fundamental, ese ser genérico que describe Marx, como la base humana que el cristianismo vino a desvirtuar.

Mientras que la lógica cristiana permitió la acumulación originaria, los judíos eran los que arrastraban como destino el índice de justamente esto que llama “la inhumanidad de los humano” y en la medida de que se desembaracen del carácter patriarcal bíblico su proyecto debía ser humanizar el mundo desde lo materno para enfrentarse al cristianismo destructivo y asesino. Asegura entonces que hay un judaísmo que debe ser revitalizado, una experiencia de resistencia y apertura de grandes dilemas en el mundo para enfrentar esta cultura imperial desde una perspectiva universalista.

Un judaísmo sin capitalismo

Independientemente de la visión idílica que L. Rozitchner presenta sobre el judaísmo no hay que dejar de desmenuzar el carácter clasista que se manifiesta en su planteo: es equívoco asimilar a la condición de judío con la de opresor (haciendo referencia a la masacre perpetuada al pueblo Palestino) sino que el pueblo judío aparece en Israel con la determinación histórica que lo ciñe a la lucha de clases y no a la herencia religiosa. No es la judeidad lo que aparece determinando directamente el sentido de lo que esta comunidad nacional situada en Israel vive como mayoría, sino que es una determinación de clase y que, por lo tanto lo que hace concretamente se iguala a cualquier otra en esta significación.

Por otro lado también L. Rozitchner, analiza el presente y el porvenir de la diáspora judía. Tanto los negros, por ejemplo, como los obreros tienen junto a los judíos una característica en común: son todos víctimas del capitalismo. Ser judío es un punto de partida que iguala con los otros afectados por el desprecio. Justamente lo judío que se opone a la revolución es lo que encima al judaísmo religioso. Ya sea como israelí o como argentino, el judío tiene, en el pensamiento de Rozitchner, un porvenir en la medida en que asimila y manifiesta esa voluntad emancipadora con respecto al capitalismo y la religión. “Se trata, en cualquiera de los casos, de hacer del judío laico, liberado de significación teológica alguien colmado de significación revolucionaria. Solo en un mundo socialista-sentencia el filósofo-cesarán el prejuicio antisemita y la explotación del hombre por el hombre”. (2011; p.86).

A diferencia de diversos sectores de la izquierda, reivindica la existencia de Israel pero sin constituirlo como una meta personal. La que domina hoy día el rumbo de la política israelí derecha es, en su lenguaje taxativo, el sustento perverso del capitalismo mundial.

Llama a poner fin a la diáspora, a lo judío sin sustento nacional ni raíces en la tierra. Pero también, suma al planteo, es el propio judaísmo religioso el que hace suyas las categorías del capitalismo porque en la medida que busca abstenerse de la política acata las leyes que convalidan la explotación del hombre por el hombre.

Lo que León Rozitchner no menciona es que el judaísmo, como cualquier religión o reducto cultural, es incapaz de existir por fuera de las relaciones sociales de producción, es decir de la materialidad que lo atraviesa. La implantación del Estado de Israel en el territorio donde históricamente convivieron trabajadores árabes y judíos estuvo determinada por las demandas geopolíticas del imperialismo y no a partir de los objetivos comunales de los primeros grupos sionistas.

Rozitchner propone un judaísmo socialista, revolucionario, pero el sionismo, aunque de izquierda, según sus orígenes en los primeros Congresos de Basilea, es incapaz de superar su carácter nacionalista y por lo tanto desarrollar una perspectiva superadora para árabes y judíos ya que inevitablemente busca separar a los trabajadores judíos de los obreros del resto del mundo. El propio León Trotsky, uno de los dirigentes revolucionarios que más se abocó a las problemáticas judías en la historia, dijo en 1934 que la “cuestión judía no puede ser resuelta en el cuadro del capitalismo”.

De esta forma, la superación de judaísmo negativo, que L. Rozitchner critica pero sin efectivamente oponer una salida de estas características sino lo contrario, no podrá ser si no es de la mano de una perspectiva revolucionaria de destrucción política del Estado de Israel y la conformación de una Federación Socialista de Medio Oriente.

Bibliografía:

- “Addenda a Buber” en *Ser judío y otros ensayos afines*. León Rozitchner. Editorial Losada. Año 2011.
- “Asimilación e integración, el antisemitismo y la Shoá” en *Ser judío y otros ensayos afines*. León Rozitchner. Editorial Losada. Año 2011.
- “A 50 años de la Guerra de los Seis Días 1967-2017”. Maximiliano Jozami. Nota de Prensa Obrera. Año 2017.
- “Freud: la disolución del poder colectivo en la dispersión individual. Masas, instituciones y Edipo”, en *Freud y el problema del poder*. León Rozitchner. Editorial Losada. Año 1998.
- “Freud: la interiorización del poder en la formación del sujeto”, en *Freud y el problema del poder*. León Rozitchner. Editorial Losada. Año 1998.
- “¿Hay un iluminismo judío?” en *Ser judío y otros ensayos afines*. León Rozitchner. Editorial Losada. Año 2011.
- *La cosa y la cruz*. León Rozitchner. Editorial Losada. Año 2001.
- “La cuarta internación y la división de Palestina” en *En defensa del marxismo N°36*. Compilación de autores. Editorial Rumbos. Año 2009.
- “La diáspora y el Estado de Israel” en *Ser judío y otros ensayos afines*. León Rozitchner. Editorial Losada. Año 2011.
- *La extinción de la diáspora judía*. Santiago Kovadloff. Editorial Grupo Planeta. Año 2013.
- *Levinas o la filosofía de la consolación*. León Rozitchner. Editorial Biblioteca Nacional. Año 2013
- *Manual de la historia judía*. Simon Dubnow. Editorial S. Sigal. Año 1962.
- *Materialismo ensoñado*. León Rozitchner. Editorial Tinta Limón. Año 2011.
- “Pensar en Idish” en *Ser judío y otros ensayos afines*. León Rozitchner. Editorial Losada. Año 2011.
- “¿Qué tengo yo de judío?” en *Ser judío y otros ensayos afines*. León Rozitchner. Editorial Losada. Año 2011.
- “Ser judío” (1967) en *Ser judío y otros ensayos afines*. León Rozitchner. Editorial Losada. Año 2011.
- *Totalidad e infinito*. Emmanuel Levinas. Editorial Sígueme. Año 2002.
- “Trotsky y la cuestión judía” en *En defensa del marxismo N° 27*. Arlene Clemesha. Editorial Rumbos. Año 2000.